

Encuentro N°2

Familia: Opción de Vida y Escuela de Amor



Objetivos:

Mostrar que la fe es algo concreto y que nos ayuda a que nuestra vida matrimonial sea más plena.

1- Oración inicial. Se sugiere leer el evangelio del domingo próximo, comentarlo brevemente, luego hacer peticiones y/o agradecimientos, para terminar rezando la Pequeña Consagración.

2- Contenido¹

NOS CASAMOS CREYENDO QUE

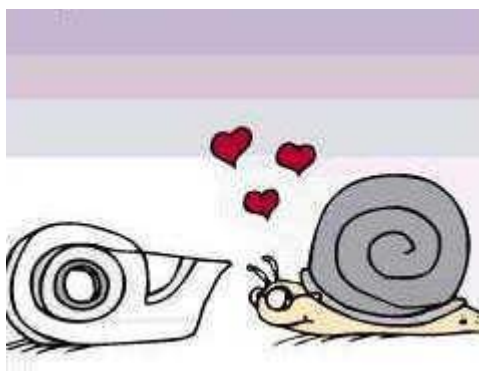
Nuestra vida matrimonial puede haber seguido caminos muy diferentes a los que en un principio soñamos. Sin embargo, si nos hemos decidido a ser parte de un grupo de matrimonios, significa que hemos logrado conservar lo fundamental: la **esperanza en nuestro amor**. Retrocedamos en el tiempo y recordemos cuán grande era esa esperanza al casarnos. Dimos aquel paso con inmensa alegría. Porque el matrimonio y la familia se nos presentaban como un camino para asegurar lo más maravilloso que habíamos encontrado en nuestra vida: el amor. Pensemos en lo que fue nuestra primera experiencia de estar enamorados, o en aquel momento inolvidable en que nos conocimos y comenzó nuestra historia de pareja. Entonces todo

¹No leer en voz alta el texto a continuación, sino que los que preparan la reunión, lo exponen en unos 10-15 minutos, en sus ideas centrales. Lo más importante es trabajar las preguntas y luego el compartir.

nos pareció diferente. Era como si hasta allí hubiésemos descubierto la verdadera vida, como si recién comenzásemos a vivir "a pulmón lleno".

El amor del otro era un sol a cuya luz todo brillaba más hermoso y cuyo calor despertaba en nosotros energías desconocidas. Sentíamos ganas de ser mejores, de estudiar y trabajar más. Más aún: el amor del otro nos daba también fuerzas para hacerlo y confianza en nosotros mismos. Muchos dolorosos complejos se habían esfumado como de golpe. Al pensar que el otro nos quería y nos había escogido tal como éramos, pudimos reconciliarnos con nosotros mismos: aceptar el propio modo de ser o el propio físico. Ya nada de lo que antes nos dolía tenía importancia ante esa liberadora certeza: "Me quiere como tal soy y, con su apoyo, lograré superar cualquier limitación que tenga". Sentíamos que, contando con la luz y el calor del amor del otro, todo se volvía fácil y posible. Y por eso nos casamos: para asegurar que tendríamos siempre al lado a ese "sol" que era garantía de nuestra felicidad.

EL AMOR: ¿UNA SENSACION PASAJERA?



Ciertamente, al casarnos sabíamos que no todo sería siempre "color de rosa". Pero teníamos confianza en nuestro amor, tan fuerte y tan hermoso. Sin embargo, comenzaron a suceder cosas con las que no contábamos. El "sol" del otro empezó a nublarse. En lugar de su calor, muchas veces recibimos el frío de su egoísmo o el hielo de su indiferencia. Conocimos las tormentas de su mal genio, incluso con granizadas. ¿Qué estaba pasando? La sensación de tener al otro ya "asegurado" nos hizo aflojar inconscientemente el esfuerzo por conquistarlo entregándole lo mejor de nosotros mismos. Así aparecieron defectos que hasta entonces habíamos sabido controlar y hubo desengaños que debilitaron la mutua admiración. A ello se agregaron algunas heridas, consecuencia de discusiones y palabras duras. Eran pequeñeces. Pero se acumulaban, pues ya no teníamos el tiempo de antes para conversarlas. No era lo mismo estar de novios que manejar una casa. Las preocupaciones materiales y los problemas de los hijos nos absorbían y por dentro nos distanciábamos. La vida matrimonial se iba convirtiéndose poco a poco en **rutina**. Entonces surgió la duda: ¿no sería el amor —tal como lo habíamos vivido al comienzo— una sensación

necesariamente pasajera? ¿Y no debíamos, entonces, apoyar nuestro anhelo de felicidad en cosas "más sólidas", como el dinero, el trabajo, el bienestar material o los hijos?

Sin duda esa "vibración" indescriptible que nos producía la "luz" y el "calor" del otro en un principio, tenía mucho de "sensación" y, en cuanto tal, estaba destinada a pasar, porque nuestra sicología no resiste la prolongación indefinida de una sensación intensa. Sin embargo, nuestro amor no se identificaba con tal sensación. Ella era sólo la forma en que su fuerza y su novedad "repercutían" en nuestra sensibilidad. Pues el amor humano se enraíza más allá de los sentidos.

Brota del núcleo más íntimo y espiritual de nuestra persona; es una realidad de tipo moral, una "decisión por el otro", decisión de entregarse a él para hacerlo feliz, de modo que esa felicidad que le demos sea, al mismo tiempo, la parte más importante de la propia felicidad. Esta decisión —que es el núcleo de nuestro amor— no tiene por qué envejecer ni debilitarse. La experiencia de muchas parejas así lo prueba: después de 30 ó 50 años de matrimonio pueden afirmar, con toda verdad, que se aman más que al comienzo. Con un amor más sereno, sin tanta ebullición, pero más intenso y profundo que al comienzo. Y donde también la luz y el calor del "sol" inicial se han vuelto más penetrantes y vitalizadores. Tales parejas — abundantes en la Iglesia— son la mejor prueba de que el amor, como realidad espiritual y fuerza de felicidad, puede durar siempre.

EL AMOR Y DIOS



La fe nos confirma lo anterior. Nos dice que, sin lugar a dudas, no hay nada más "sólido", nada más importante y capaz de hacernos plenamente felices que el amor. Por una razón simple y decisiva: porque "Dios es amor" (1 in 4,8). Lejos de constituir una sensación o vibración volátil, el amor se nos presenta así como la realidad "más real": es nada menos que la sustancia de la cual está "hecho" Dios, el Creador y fundamento de todas las demás

cosas! La emoción que experimentamos al enamorarnos se debía a que, al amar, estábamos tocando el misterio mismo de Dios, dejándonos penetrar por él. "Si nos amamos unos a otros, Dios está en nosotros", dice San Juan (1 in 4,12). El amor es la esencia, la vida y la felicidad de Dios. Por lo mismo, nosotros— que fuimos creados "a su imagen y semejanza" (Gen 1,26)— no podremos encontrar vida y felicidad en plenitud sino en el amor. Pero Dios no es sólo "Amor". El es también "Familia" (ver Puebla 582). Es una comunidad de amor muy íntima —la Santísima Trinidad— formada por tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dios quiere que también nosotros seamos felices con un amor así: capaz de hacernos "familia" como él. El amor y la familia son inseparables, son dos aspectos de nuestra vocación a ser "semejantes a Dios". Por eso a cada uno de nosotros él nos regaló una familia donde nacimos: para que allí aprendiésemos a amar, y nos capacitáramos no sólo para formar después nuestra propia familia sino, también, para ayudar a que la humanidad entera se convirtiera en una gran familia de hermanos. Ese era el plan de Dios. Sin embargo, desde el comienzo, el hombre quiso buscar su felicidad por otros caminos: se encerró en su propio egoísmo y rechazó su vocación al amor y a la familia. En ello consistió y consiste el pecado.

JESUCRISTO, EL AMOR Y LA FAMILIA

Sin embargo, el Dios-Amor no nos abandonó. Una de las Tres Personas de la Santísima Trinidad, el Hijo, vino personalmente a la tierra a salvar el amor humano y nuestra vocación a ser familia. El vivió 30 años en una familia. Y nos amó con un amor "nuevo" (Jn 13,34), más poderoso que ninguna fuerza que el hombre hubiese conocido, Incluso que la misma muerte. Para que también nosotros pudiésemos amarnos unos a otros como él nos amó, nos dejó en herencia su propio Espíritu de Amor que habita en su Iglesia. La Iglesia es la Familia de Dios en la tierra. Ella tiene por tarea ayudar a cada hombre a descubrir la grandeza de su vocación al amor y apoyar a cada familia para que llegue a ser una verdadera comunidad de amor. Una y otra cosa las hace Jesucristo, de un modo especial, a través del sacramento del matrimonio.

El día de nuestro propio matrimonio, Cristo se acercó a nosotros y se comprometió personalmente a salvar nuestro amor y nuestra vida de familia. Lo principal de ese día no fue tanto nuestro compromiso mutuo sino el de Cristo con nosotros. Ese día no iniciamos una aventura entre dos, sino entre tres, porque también Cristo se subió a la barca de nuestro matrimonio. Y se comprometió a regalarnos toda la felicidad que ese día esperábamos que nuestro amor nos proporcionara, si aceptábamos navegar en el rumbo que él nos señalara. Para que ello fuera posible, nos ofreció su propia fuerza de amor. Tal vez ese día estábamos tan nerviosos que no fuimos capaces ni de pensar en lo que él hacía ni de recibir esa fuerza suya. Además, la confianza en el propio amor nos hacía quizás creer que podríamos salir adelante tan sólo entre los dos. Pero no importa. Porque

Dios es fiel y su compromiso con nosotros sigue en pie. Él sigue ofreciéndonos hoy el apoyo y la fuerza que nos ofreció ese día. Esa es nuestra gran esperanza: Él, que venció la muerte, también puede rejuvenecer y resucitar hoy nuestro amor. ¡Él puede devolver a nuestro "sol" la luz y el calor perdidos! ¡En su nombre comenzaremos de nuevo!

3- Para Trabajar matrimonialmente y en el grupo.

(Que cada matrimonio escoja dos o tres preguntas, las converse, y luego ponen en común lo que estimen conveniente, por ejemplo contar alguna anécdota bonita del pololeo, o lo que les surgió ante el tema o la reflexión matrimonial)

- 1- ¿Cuáles son los momentos más hermosos que recuerdo de nuestro noviazgo y de los primeros meses de casados? ¿Qué cambios notorios produjo en mí el amor del otro?
- 2- ¿Qué cosas de ese "primer tiempo" de nuestro amor me parece que se han debilitado después? ¿Qué influyó en ello? ¿Es el amor tan sólo una sensación pasajera? ¿Conozco parejas cuya vida me pruebe lo contrario?
- 3- ¿Qué nos dice la fe sobre la importancia del amor y la familia para nuestra felicidad? ¿cómo hemos experimentado el pecado en nuestro matrimonio?
- 4- ¿Qué hizo Dios para salvar nuestra vocación al amor y a la familia? ¿Tenía yo conciencia de que Cristo se había comprometido con mi matrimonio? ¿Quiero abrirme más a su ayuda?

Tomado de: Fe y Vida Matrimonial. Cuadernos de Pastoral Familiar. P. Hernán Alessandri, Ed. Patris.

4- Escoger Propósito

5- Oración final

